

LA DOLCE VITA

POR FERNANDO R. LAFUENTE



EL RETRATO DE UNA ÉPOCA

Julian Barnes explora, a medio camino entre el ensayo y la biografía, la singular figura de Samuel Jean Pozzi, a partir de un retrato de John Singer Sargent

Hubo un tiempo en el que la elegancia, la perversión, la búsqueda de la belleza, el anhelo de paraísos artificiales, y el placer respondían a un supuesto ideal estético. La amenaza del reguero de avances científicos, tecnológicos trazó una frontera entre ambos mundos. Una frontera en la que por un lado se exhibía la belleza como anhelo máximo y exclusivo y, por otro, la fogosidad del progreso material, lo útil y lo práctico, la apoteosis de la industrialización. Roger Shattuck denominó a esos impetuosos años como 'La época de los banquetes' (Antonio Machado, Libros, 1991) que marcaron los ejes de la creación literaria, artística, musical y los usos y costumbres de unas gentes, brillantes, ingeniosas.



Samuel Jean Pozzi retratado por John Singer Sargent (1881)

'BELLE ÉPOQUE'. Raros, exquisitos, bohemios, aristócratas vivieron con pasión la 'Belle Époque'. Todo terminaría con el estallido, de la I Guerra Mundial. Julian Barnes (Leicester, 1946) deriva toda la historia a partir de un cuadro de John Singer Sargent, 'El doctor Samuel Jean Pozzi en casa', en un ensayo histórico, que es también una singular biografía, un retrato sublime de época, bajo el título de 'El hombre de la bata roja' (Anagrama). El retrato lo convierte Barnes en la recreación de un mapa político, cultural, social, sin duda, deslumbrante. Porque como Sarah Bernhardt afirmó: «la leyenda prevalece a pesar de la historia». Barnes le ha dado la vuelta y ha escrito la historia sobre la leyenda. Tres son los vértices que vertebran la narración: Pozzi, plebeyo de apellido italiano; Edmond de Polig-

nac, príncipe y el conde Robert de Montesquiou-Fézensac. A partir de ellos y un viaje juntos a Londres en 1885, Barnes tira del 'hilo invisible' chestertoniano para mostrar, con una apabullante documentación y con una prosa adictiva y el punto condescendiente irónico de la narrativa contemporánea británica, un centón de personajes a cual más extravagante, distinguido, singular, de Oscar Wilde a Proust, de Baudelaire a Henry James, de Ruskin a Huysmans, de Lotrain (qué personaje) a Brummell, Flaubert. Sí, una fiesta de sentido y sensibilidad. Y un final inesperado para el protagonista. Y una advertencia, atribuida a Wilde, vaya uno a saber, pero demoledor: la diferencia entre un dandy un esnob. Este mataría para que le invitaran a una fiesta, el

primero para que le echaran de ella. Así eran y así lo ha contado, demole-doramente brillante, Julian Barnes.

LHARDY. De haber visitado Madrid por aquellos años alguno de los protagonistas, es seguro que restaurante habrían frecuentado: Lhardy, en la Carrera de San Jerónimo. Es desde 1839, como bien lo ha definido Carlos Maribona, «historia viva». Y tanto. Ahí sigue, ahora recuperado por Pescaderías Coruñesas. Las imprescindibles croquetas, las barquetas de riñones, de ensaladilla, los callos, el samovar de plata del consomé, en la entrada, como tapas, además del cocido, en los distinguidos salones del piso de arriba. Tapas y platos. Al menos, algo, además de las obras, queda de todo aquello. Menos mal. ■

APUNTES ♦ Inés Martín Rodrigo

Elizabeth Geoghegan y la sombra de Lucia Berlin

El relato es un género que tiende a menospreciarse, siempre a la sombra de la novela y hasta de la poesía, sus dos supuestas hermanas mayores. Pero qué envidia, nada sana, producen los narradores que consiguen hacer de la brevedad una virtud. Son los cuentistas, un término que me pirra, quienes, pese a la paradoja, afrontan un reto de proporciones gigantescas cada vez que se enfrentan a una nueva historia, y de ahí que los



virtuosos brillan como grandes escritores. Entre los últimos que he descubierto destaca Elizabeth Geoghegan, autora de 'Bola ocho', publicado por Nórdica en España. Sus editores la asocian con Lucia Berlin, de la que fue discípula y con la que compartió universo literario en los últimos años de vida de la autora de 'Manual para mujeres de la limpieza', pero el talento de Geoghegan, que nació en Nueva York, creció en el Medio Oeste y vive en Roma, es mucho más alargado que la sombra de Berlin. Sus relatos son ácidos y brillantes, reales y tan fantásticos que leerla es vivir. ■

CINCO MINUTOS DE GLORIA

Monólogo de la vagina

La artista Wynnie Mynerva, último escándalo de ARCO

La primera bofetada en la jeta que ARCO nos ha propinado esta semana tiene nombre de mujer: Wynnie Mynerva, una artista peruana que se ha cosido la vagina no porque le haya dado la gana -que también, faltaría más- sino porque, asegura, quiere denunciar la violencia que ha sufrido en carnes propias y en las ajenas. Nos parezca estético o antiestético su gesto, ha lugar o no, hay una realidad impenible: la violencia en cualquier rincón de Latinoamérica sobrepasa los límites de todo calificativo que le queramos poner. Por eso el arte (también la literatura) que viene de allá, lo rubriquen hombres o mujeres, está marcado por las cicatrices del dolor, la rabia, cuando no por la sangre misma derramada a tiros y navajazos.

En medio de esta 'balacera', me viene a la memoria la obra de la mexicana Teresa Margolles, que diseñó 'joyas' con los cristales que saltaban por los aires en los duelos a muerte -suceso cotidiano- con el narcotráfico, o nos hizo respirar (literalmente) en la sala de un museo el vapor producido por el agua con la que previamente habían lavado los cadáveres anónimos de una morgue cualquiera en cualquier rincón del desamparo y el extravío más violento del territorio mexicano. Más lírica es la colombiana Doris Salcedo, que le plantó cara a toda la catterva de políticos corruptos con grietas insalvables en plena Sala de Turbinas de la Tate Modern londinense.

Wynnie Mynerva se ha cosido la vagina y el mundo del arte no tiembla porque el escándalo es un éxito asegurado por estos lares y tintinea cual vil metal. A lo largo de los días de feria, habrán ido a verla desde venerables coleccionistas a jóvenes con ganas de guasa, pero a ella todo eso le trae sin cuidado. Me da la sensación de que a Mynerva le importa poco enseñar su intimidad de manera tan escabrosa y agresiva y que, además, le paguen por ello. Wynnie Mynerva nos da sopas con honda en esto del mal vivir y, por tanto, le asiste todo el derecho del mundo a contarla como le venga en gana. Arte y moralidad. ■

La artista peruana nos da sopas con honda en el mal vivir y le asiste todo el derecho a contarla

LAURA REVUELTA

